

excelente, la dirección magnífica, la producción fastuosa y tu actuación a lo Ofelia Guilmáin cuando quiere serlo. ¿Qué más se puede pedir si se quiere ver buen teatro?

Recibe un abrazo de quien sabes te aprecia y admira.

*Luis Reyes de la Maza*

10 de diciembre de 1967

### ¡RÍE, PAYASO, RÍE!

Todo comenzó en 1892, cuando el compositor Leoncavallo estrenó su ópera *Pagliacci*. En ella, el payaso Canio, al enterarse que su esposa le es infiel, canta “Vesti la giubba”, o sea el cursilón lamento del *clown* que aunque le “sangre el corazón tiene que reír”. ¡Ríe, payaso, ríe! Poco tiempo después un escritor mexicano tan cursi, o más aún, que Leoncavallo, escribió un poema intitolado “Garrick”, donde el propio actor cómico va a consultar un médico para que lo libere del *spleen* que sufre y el facultativo le recomienda que vaya a reír con Garrick, ¡con él mismo! ¡Ríe, payaso, ríe! Llegó más tarde el *art nouveau* y con él la resurrección de los personajes de la Comedia del Arte, sólo que ahora simbolizando lo cursi, sobre todo el pobre de Pierrot, quien sufre horrores con las infidelidades de Colombina, la que prefiere, lógicamente, a Arlequín. Y Pierrot, vestido de *clown* tradicional, con su rostro enharinado, llora y ríe mientras tañe su mandolina. ¡Ríe, payaso, ríe! Todo lo anterior estuvo muy bien en su época y lo admitimos y lo comprendemos, pero lo que no podemos admitir, ni comprender, es que en 1967 se estrene una obra teatral que aunque se titule *La rueda de la fortuna*, no es más que una nueva versión del ¡Ríe, payaso, ríe!

Los programas nos hacen saber que su autor, don Héctor Quintero (Peza y Leoncavallo), recibió el premio 1965 de la UNESCO por esa obra. No lo dudo por un momento, pero semejante disparate me afianza en mi recelo hacia todas las obras premiadas. Cada dramaturgo está en su pleno derecho de escribir lo que le venga en gana, y si existen algunas personas que sin saber

nada de teatro, le premien su obra, allá ellos y su castigo en el infierno de los inconscientes, pero que un hombre del talento de Xavier Rojas caiga en el engaño y sin acordarse de *Pagliacci* le parezca muy hermosa la anécdota de un payaso que sufre pero que tiene que reír, y se entusiasme, y gaste dinero, y esfuerzos, y llame a una de las mejores actrices mexicanas y la obligue a hacer el ridículo, es lo que tampoco puede comprenderse. ¡Pobre de doña Isabela Corona! Con sus extraordinarias dotes y su prestigio indiscutible de primera actriz, está condenada a revivir antiguos buenos éxitos que se desmoronan en la época actual, como *Rayando el sol* y *Viaje de un largo día hacia la noche*, o bien a caer en el más insulso melodrama de que se tenga memoria desde los tiempos de doña María Guerrero. ¡Qué pena causa verla luchar con un personaje falso como un tepalcate, luchar con los diálogos “coloquiales” tontos y sin el menor destello de ingenio, y, por fin, como *gran finale*, revivir a Canio, a Garrick y a Pierrot, vestida de payasa, “con el corazón sangrante pero el rostro sonriente”, con una vieja trompeta en la boca. ¡Y el sadismo de Xavier Rojas llega hasta a hacerla bajar al lunetario!

Dejando a un lado, pero sin olvidarlo nunca, el detalle del ¡ríe payaso!, de *La rueda de la fortuna* se puede decir que la hemos visto también cientos de veces, desde aquella obra de Pepe Revueltas intitulada *El cuadrante de la soledad*, y luego la de Sergio Magaña, *Los signos del zodiaco*, y tantas más. Cuando se levantó el telón y vi la escenografía de López Mancera, creí que por “causas de fuerza mayor” se había suspendido la obra anunciada y se representaría *Los signos del zodiaco*. Comenzó el martirio al ver a Socorro Avelar repetir un papel que tiene hecho hasta el fastidio, y luego a Bruno Márquez tratando de ser gracioso, y luego a Aarón Hernán con cara de pedir perdón a la concurrencia por haber aceptado ese infame papel y haber olvidado la *Virginia Woolf*, y luego a Marta Patricia en un personaje que es un solo lugar común, pero al que ella aumenta con una actuación desorbitada hasta llegar a su escena cumbre en donde parece que en lugar de actuar está toreando, porque “cita” constantemente con pecho y brazos a su adversario, en este caso Rogelio Guerra, quien está tan gris como la obra. Sólo se salva

Kika Meyer, a quien se le agradece su actuación y comprensión del personaje.

Pero vuelvo a la inefable obra de don Héctor Quintero: ¿dónde diablos ocurren los hechos? Sólo don Héctor lo sabe. Durante el primer acto nos insinúan que es un pueblo costero puesto que se habla del malecón; pero la escenografía no va de acuerdo con esa descripción, puesto que las casas tienen una ventana pequeña propia para ahogar a sus moradores en las primeras veinticuatro horas de un verano. Supusimos que sería Veracruz, y en esa creencia estuvimos hasta el tercer acto, pero el autor, en un recurso dramático indigno del estudiante más atrasado, para hacer volver a los personajes al “escenario único”, no tiene empacho en organizar un bombardeo aéreo que destruye la casa nueva de los personajes. Luego entonces, no era Veracruz, porque la última vez que la tres veces heroica ciudad fue bombardeada ocurrió en 1914. Seguramente se trataba de La Habana, de donde, según parece, es el autor. Pero no podía tratarse de Cuba si todos los personajes usaron desde el primer acto modismos mexicanos, y ropa mexicana. ¿Habrán bombardeado últimamente nuestros puertos sin que yo me haya enterado? Todo cabe en lo posible.

De cualquier manera, quiero suplicar al señor licenciado García Sáenz, coordinador de los teatros del Seguro, o a quien corresponda en el Departamento del Distrito Federal, del cual depende el Teatro Hidalgo, que no se dejen deslumbrar por cualquier obra. Los buenos aficionados exigimos de esos teatros espectáculos dignos, no parodias de *Tosca* como *La reina y los rebeldes*, y de *Pagliacci*, como esta increíble *Rueda de la fortuna*.

17 de diciembre de 1967

#### EL REY NO QUIERE MORIR

A Su Graciosa Majestad Berengo I.  
En algún lugar de la Tierra.

Con la todopoderosa diestra de Aquel que sostiene los extremos de la Tierra, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, quien, con el